



***Acto de Homenaje a la Escuela Quirúrgica Finochietto 2005  
Entrega del Enrique y Ricardo Finochietto al  
Señor Académico Prof Dr Héctor Santángelo***

**Palabras del Sr Presidente de la Asociación Médica Argentina. Prof Dr Elías Hurtado Hoyo.**

Sr Presidente de Honor de la Academia de Medicina Acad Julio V Uriburu; Sr Secretario General de la Asociación Médica Argentina Prof Dr Miguel Falasco, Sr Miembro de la Comisión de Homenaje de la Escuela Quirúrgica Enrique y Ricardo Finochietto, Prof Dr Osvaldo González Aguilar; y Sr Prof Dr Héctor Santángelo, Miembros de la Escuela, Sras, Sres y amigos.

A fines del 2001 a pedido de vuestra Comisión Homenaje, instituímos el Premio Anual Enrique y Ricardo Finochietto. Esta Comisión en la actualidad está integrada por los Dres José Alberto Cerisola, David Azulay, Osvaldo González Aguilar, José Almanza, Abel Citadino, Romero Fazzini y Néstor Molinelli Wells.

La Comisión Directiva de la Asociación Médica Argentina, me ha encargado transmitirles que comparte con beneplácito el mantener viva la esencia de vuestra Escuela. Resaltamos, una vez más el honor que es para nosotros que hayáis elegido esta casa para desarrollar las actividades. La Escuela logró su prestigio al imponer un método particular de enseñar cirugía en forma sistematizada. Se cimentó en el enlace de dos impulsos: el estilo quirúrgico de Enrique, y el método para reproducirlo de Ricardo.

Sres, disfrutáis del privilegio de pertenecer a una entidad científico asistencial en la cual abundan los nombres ilustres, ejemplos de sabiduría y virtud, puestos al servicio del enfermo. Ambos hermanos y la mayoría de sus herederos han sido...y...son una corriente de opinión sólida que han enriquecido en forma permanente la savia de la Asociación Médica Argentina, ofreciendo sus conocimientos con generosidad. En los tiempos que nos toca transitar, con el estallido de la realidad, que ha puesto al desnudo la grave crisis social, económica, política, cultural y moral que atraviesa el país, el ejemplo de sus trayectorias son una luz de esperanza en el camino a recorrer. Que sirvan de testimonio viviente para los más jóvenes... La Escuela nos recuerda la verdadera historia de la patria, la del trabajo fecundo, de las ideas creativas, la del silencio humilde..., porque en este tipo de gigantes... de estos hombres... se cimentó el desarrollo de la nación. Estos sencillos

actos, que las circunstancias nos han permitido presidir, reafirman que la Medicina Argentina mantiene la vigencia que estos pensadores soñaron...

Hoy la distinción la recibirá el eximio cirujano general Prof Dr Héctor Santángelo. Los premios anteriores los recibieron los Académicos Julio V Uriburu y Eduardo Zancoli y el Prof Dr Santiago Perera. Las conferencias y las semblanzas recordatorias, relatadas en el marco de los actos correspondientes, me eximen de la reiteración de los conceptos de reconocimiento que lograron los creadores de la Escuela y los discípulos galardonados a la fecha.

Asimismo, aparte de la riqueza de los logros preexistentes que mantenían ambas organizaciones, que también valoramos en las presentaciones previas, me ha parecido oportuno hacer un breve relato de los hechos concretos que se han producido en estos cuatro años por este emprendimiento, que a la vez hacen a la historia de este nuevo vínculo, y que le dan un toque de diferenciación más allá de lo científico puro.

En el año 2003 con motivo del Acto se produjeron dos hechos de alta repercusión para nuestras instituciones. El primero consistió en la donación por la Comisión Homenaje de un busto de la réplica de don Ricardo a la AMA. Coincidió con un período de ampliaciones de la institución, por lo que se lo ubicó en una nueva sala de situaciones de nuestra Escuela de Graduados. Les deseo informar que dicha sala se la denomina ahora "Sala Finochietto".

El segundo trascendió lo emocional... Vuestra Escuela generó muchos discípulos, pero también tuvo numerosos cursillistas que quedaron ligados a la misma a través del tiempo en el afecto y respeto. Uno de ellos, del curso de 1967/8, el Dr Víctor Desseno, nos sorprendió, por lo inesperado, al traernos la urna que contenía las cenizas de don Enrique Finochietto, lo que recién me animé a informar al finalizar el Acto. Posteriormente colocamos la urna en la Presidencia hasta que le encontrásemos una ubicación definitiva. Debemos agradecer al Dr Héctor César Gotta la intención de cedernos una bóveda en el Cementerio de Olivos. Paralelamente el Profesor Vicente Gorrini ofreció recibirlos en la bóveda de las Sras Carmen A Méndez de Gorrini y Betina Castro Montero ubicada en el Cementerio de la Recoleta. La Comisión Directiva, optó por esta última. Cumplimentados los trámites pertinentes por nuestro Secretario Ejecutivo Sr Guillermo Couto, y haciendo partícipes a familiares, se trasladaron los restos al año siguiente en una humilde pero emotiva ceremonia.

En el año 2004, la Comisión Homenaje presentó una película grabada con motivo de una presentación televisiva de don Ricardo sobre "Paro Cardíaco" de la década de los 60. Varios de Uds

se reconocieron, con regocijo, acompañando al maestro, en las imágenes que mostraban el aula de la disertación.

Y en este acto del 2005, nuevamente el Dr Víctor Desseno nos trae la urna que contiene las cenizas de Ricardo Finochietto, la que Uds pueden observar y está presidiendo la reunión. Luego de cumplimentar los trámites administrativos correspondientes les informaremos qué día reuniremos a los dos hermanos para que puedan seguir juntos su camino de la eternidad. Muchas gracias al Dr Desseno y a la familia Gorrini.

Deseo informarles también que la Comisión Directiva de la AMA decidió publicar las exposiciones de estos actos en nuestra Revista. Asimismo, como otro aporte, este acto se está transmitiendo por Videostreaming por Internet a todo el país y el extranjero. Como Uds pueden observar se han generado espontáneamente una serie de actitudes colaterales pero de alta repercusión histórica para ambas organizaciones. Esperamos que el compromiso que Uds tienen con la Escuela Quirúrgica Finochietto, que los formó como cirujanos, pero también los modeló para ser “diferentes”, les de las fuerzas para continuar manteniendo el orgullo de la misma.

Muchas Gracias.

## **Palabras del Dr Boris Segal Halperin**

### **DELFIN LUIS VILANOVA**

Entre el 27 de junio de 1918 y el 26 de enero de 1998 transcurrió la vida del cirujano Delfín Luis Vilanova (así, precisamente, gustaba definirse). De su fructífera vida intento dar testimonio en esta breve reseña.

Aunque forzosamente tendré que recurrir a la crónica de datos de su biografía personal y familiar, mi propósito no es hacer historiografía sino perfilar un memento de la personalidad y el acontecer de quien en vida fuera, durante muchos años, mi jefe de departamento y, en gran medida, mentor de mi formación quirúrgica.

Su padre, Don José Manuel Vilanova, natural de Figuerola de Orcau (Cataluña), llegó a Buenos Aires poco antes de cumplir los 18 años, luego de haberse educado en un seminario católico (a pesar de provenir de una familia republicana). Aquí, en 1917, unió su vida a la de Rosa Mir (Rosita, como decía Delfín cada vez que se refería a ella), también catalana, de Barcelona.

Un año más tarde llegó el primogénito Delfín Luis y luego María Elena (Malena) en 1921 y José María (Coco) en 1924.

Fue el tesón de Don José, como el de tantos otros inmigrantes, junto a la magnanimidad de esta tierra en aquellos años, lo que favoreció su evolución desde el modesto empleo de mozo en el restaurante de un paisano, a propietario primero de una joyería y más tarde de un importante comercio de arte y antigüedades, donde reinaban soberanos el genio y la figura de Rosita.

Los primeros tres años de su educación primaria los cursó en la escuela “Nicolás Avellaneda” y los siguientes en la “Julio A. Roca”, de la cual egresó como mejor alumno, distinción que le permitió ingresar sin examen previo al colegio de sus amores, el “Nacional de Buenos Aires”. Aquí, además de obtener muy buenas calificaciones, forjó entrañables y perdurables amistades con sus compañeros a los que siempre se refería como “mis amiguitos”. En la foto, lo vemos compartiendo la cena de graduación, en noviembre de 1936, junto a su gran “amiguito” el Dr Ramón Leiguarda, quien nos honra hoy con su presencia en esta recordación.

De muchacho se aficionó al rugby, deporte en el cual se destacó al punto de llegar a jugar en la primera división del Club Universitario.

Más tarde se entusiasmó por el golf y aquí, a pesar de su swing poco ortodoxo, logró ganar algunos torneos. Hoy me sonrío al recordar la poca gracia que me hacía cuando al finalizar una vuelta de golf, que yo perdía, en el hoyo 19, frente a sendos balones de cerveza con maníes y papas fritas, él me decía muy seriamente: “vos nunca vas a jugar bien porque te distraés mucho”; tenía razón.

Su inclinación por estos dos deportes, donde el “fair play” es condición indispensable, da cuenta de una de sus cualidades, la de caballero deportista. Fue socio del Club Universitario de Buenos Aires, del Jockey Club y del San Isidro Golf Club.

El connubio de Delfín con la cirugía comenzó temprano luego de su ingreso en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires en 1937, porque ya a fines de 1939 el Instituto de Anatomía que dirigía el Profesor Dr Pedro Belou, luego de realizar los trabajos anatómicos exigidos, le otorgó el título de disector Técnico, e inmediatamente lo incorporó como Disector Honorario a la Primera Cátedra de Anatomía. En esta cátedra escaló todos los estamentos y culminó como Ayudante de Cátedra, cargo ejercido desde junio de 1942 hasta febrero de 1944.

En la carta de despedida que el profesor Belou le envió, luego de elogiar sus cualidades personales y como disector, y agradecerle los servicios prestados a la cátedra, se despide como “su afectísimo maestro”.

Contemporáneamente a su actividad en la Cátedra de Anatomía, comienza su practicantado, como Practicante Honorario en la Sala 8 (Clínica Médica) del Hospital Rawson en 1941; en 1943 es

designado Practicante Menor, con obligaciones en sala y guardia y en 1944, Practicante Mayor. Sin embargo, ese mismo año abandonó su cargo rentado para ingresar como practicante honorario al servicio de cirugía del Pabellón 2, Sala 6, que conducía nuestro constantemente evocado Maestro Ricardo Finochietto.

Yo pensé que esta decisión se debió a la seducción que la personalidad del Maestro ejercía sobre todos los que, queriendo aprender cirugía, en aquella época, carecían de “padrino”. Pero, permítanme citar más o menos textualmente las palabras autógrafas de Vilanova que explican su decisión de manera racional y no emocional. Me valgo de ellas para señalar, de paso, una más de sus características personales, el pragmatismo.

Cito a DV “Siendo practicante de la guardia del Hospital Rawson, pronto advertí que los internos de Clínica Médica éramos menos útiles para el trabajo habitual. Todos los médicos internos por eso nos tenían en menos, respecto a nuestros compañeros de Cirugía. Esta fue la razón que me movió a iniciar una experiencia en la especialidad. Me asesoré lo que pude en el pabellón de practicantes. La Sala 6 ya tenía su fama. Mejor dicho, tenía dos famas: la buena y la mala. Empiezo por la buena: según el consenso general, era la mejor para aprender. Sigo con la mala fama: su jefe tenía allí establecido un sistema de normas y obligaciones peor que el de la cárcel de Villa Devoto. No sé por qué oscuros motivos elegí la Sala 6. Siempre me he considerado una persona afortunada. Muchas años después lo leí en Maquiavelo: si no se posee el don de la fortuna, es decir de la buena suerte, los otros dones no alcanzan.”

Pero lo cierto es que el Maestro percibió rápidamente en él otras cualidades, otros dones, más allá de la buena fortuna y, como lo hacía habitualmente con sus discípulos promisorios, lo estimuló y promovió, pero a él especialmente lo premió con su amistad personal.

Una nota oficial firmada por el Dr Ricardo atestigua que Delfín se desempeñó como Practicante Honorario hasta el 31 de diciembre de 1945 y que a partir de esa fecha (sin solución de continuidad) lo hizo en calidad de Médico; a pesar de que el diploma con su título de médico está fechado el 26 de marzo de 1946.

De modo que ya tenemos al novel doctor Vilanova entreverado en el grupo humano “al cual trataba de asimilarse”. Dijo él que, cito: “en este heterogéneo grupo todos tenían un rasgo común: una única alienación, en el mejor sentido de la palabra: la de enseñar y aprender cirugía”. Se había encendido en Delfín “il fuoco sacro”, que no lo abandonaría hasta el fin de sus días.

En la Sala 6, que originalmente se denominaba “Servicio de Cirugía General, Neurocirugía, Ortopedia y Traumatología”, progresivamente se fue afirmando el concepto de “Cirugía General

por especialidades”, cuando Ricardo Finochietto decidió crear sectores especializados para el estudio y tratamiento de las diferentes áreas topográficas y/o funcionales del organismo. El Jefe puso a cargo de cada uno de estos sectores a los discípulos que conformaban los “estamentos más altos de la pirámide jerárquica del Servicio”, con el objeto de que empeñaran sus esfuerzos en el progreso de las respectivas especialidades. Muchas veces creó sectores paralelos para que compitieran entre sí en esta empresa.

Cuando por alguna razón uno de los grandes dejaba su sector, el Jefe designaba a cargo del mismo a uno de los jóvenes más promisorios. Así fue como en 1952, al dejar el Dr Pataro el sector de Patología Vascular, y poco más tarde el Dr Rossi dejara el de Patología Mamaria, RF decidió que Vilanova se hiciera cargo de ambos. Esta coyuntura señala el momento en que “El Jefe” decide darle “vía libre” (según la metáfora de Delfín), significando que ya era un cirujano con vuelo propio y también el comienzo de su carrera de especialista.

Fue precisamente por esta misma época cuando Vilanova, poniendo de manifiesto otras de sus peculiaridades, la creatividad y la inquietud por la educación médica, le sugirió al Dr Ricardo la conveniencia de dictar anualmente un curso de “Cirugía Básica” (luego fueron bi-anales). En estos cursos, predecesores genuinos de las residencias quirúrgicas en la Argentina, que Delfín Vilanova condujo desde 1953, se originó la “Escuela Quirúrgica Municipal para Graduados” y en ella nos formamos como cirujanos muchos de los que hoy estamos aquí, recordándolo. “La formación del cirujano” (uno de sus constantes desvelos) denominó a la conferencia magistral que con gran frecuencia le solicitaban como colaboración en cursos, congresos y hospitales diversos.

En este recordar, no omitamos que hicimos nuestras primeras armas en el dictado de clases, en los cursos semanales nocturnos que la Escuela organizaba en el Laboratorio Squibb, también por inspiración y la guía de DV.

Sin embargo, la tutela de RF estaba siempre presente, aun después de haberse retirado del servicio, valiéndose muchas veces de los más originales correos personales.

Era Delfín un cirujano hábil y ordenado que ejecutaba sus operaciones con gestos amplios y netos. El bisturí, su instrumento predilecto, producía campos quirúrgicos casi exangües y de clarísima anatomía. “Es por el estupor de los vasos al ser cortados de súbito”, decía. Individualizaba cada punto sangrante con precisión, antes de colocar la delicada pinza hemostática de su admirado William Halsted, a quien rendía homenaje al repetir que las operaciones debían ser no solo

asépticas sino también atraumáticas. Afirmaba que la cirugía “más que un arte manual es una disciplina del conocimiento, la voluntad y la inteligencia.”

Cualquier observador avisado podría percibir rápidamente estas cualidades quirúrgicas; y ¿quién mejor observador que el doctor Ricardo? Por eso seguramente fue que en su práctica privada tenía a Delfín como primer ayudante y en algunas oportunidades prefería ser él el ayudante de Vilanova para operar a pacientes que concurrían a su consulta.

En octubre de 1953 emprendió, junto al Dr Resano, un viaje a Caracas, Venezuela, donde los designaron miembros correspondientes de la “Sociedad Anticancerosa” y posteriormente a los Estados Unidos donde por casi un año visitó los servicios quirúrgicos más destacados de la época. Así conoció y siguió a otros cirujanos célebres que también admiraba como Haagensen, Pack, Gross, Garlock, Pratt, Hufnagel y Bailey. De las operaciones de estos cirujanos nos hacía permanentemente comentarios; sin embargo, lo que más lo había impresionado era la manera de operar de Richard Sweet.

No sería justo si olvidara mencionar aquí que también admiraba el sistema quirúrgico del Dr José María Mainetti, con quien, además, mantenía una relación muy cordial.

Todos los que lo conocieron concuerdan en que uno de sus atributos más destacados era la inteligencia. Tenía una extraordinaria capacidad para analizar, ordenar, sintetizar y explicar (con palabras y gestos), los distintos aspectos de un problema complejo, de modo que cualquiera de nosotros pudiera entenderlo con claridad. Así era como DV daba una clase informal o formal, participaba de un ateneo o esquematizaba un trabajo científico a elaborar.

Este despliegue de inteligencia analítica, creatividad y capacidad de poner orden en el caos fue el fundamento de su celebrada y aun profusamente utilizada clasificación del Síndrome de Insuficiencia Venosa Crónica y de otras clasificaciones también lógicas y manuales como las del cáncer de mama (una clínica y otra clínico-radiológica); del edema braquial post-mastectomía o de las características clínicas que provocan alta mortalidad en los ateroscleróticos amputados. También considero paradigmática la argumentación con que fundamentó su trabajo en el que entendía que el Hospital Rawson, lejos de estar destinado a ser desactivado, debía ser considerado el más adecuado para recibir las víctimas de una catástrofe.

Siempre puso a prueba mi potencial de asombro, cuando con increíble fluidez metodizaba un conjunto desordenado de datos. Por eso, si me preguntan cuál es la imagen más vívida que tengo de Delfín, diría que es una escena en el aula del servicio, en una cualquiera de las reuniones “sabatinas”. Lo visualizo sentado en la primera fila, con las piernas estiradas, echado contra el

respaldo de la silla y cara de intensa concentración o quizá de estar ausente. Al terminar el relato de una historia clínica particularmente confusa y desordenada, levantarse lentamente, empuñando una tiza en una mano y la otra en el “marsupio” de su “delantal carnicero”; dirigirse cansinamente al pizarrón, resoplando algo que quería ser un silbido, pero sin melodía; dibujar un apaisado y en 4 trazos ordenar los datos más significativos para sustentar su opinión. Las más de las veces su análisis era correcto y compartido por los contertulios. Muchas veces, aún hoy, ante un paciente difícil me pregunto: “¿Cómo resolvería DV este caso?”.

Mi relación siempre estrecha, aunque frecuentemente conflictiva, con DV comenzó cuando, luego de las rotaciones de rigor, me incorporé definitivamente a los sectores que él conducía en la Escuela y se extinguió, casi 40 años después, siendo más estrecha y nada conflictiva, con los últimos momentos de su vida.

Esta frecuentación me permitió apreciar que su carácter recio no dejaba de lado, sin embargo, momentos de ternura. Estos eran muy evidentes en la devoción que sentía por sus padres y en la emoción con que los evocaba cuando ellos ya no estaban; en la relación con su esposa; en su trato con los niños y los animales. Alguna vez lo vi llorar.

Pero muchas más veces lo vi reír y no fui ajeno a muchos momentos risueños y hasta frívolos de su vida. Lo gratificaba la buena mesa y en las prolongadas cenas que luego de los cursos en el Laboratorio Squibb compartíamos con él los más cercanos, en el Restaurante Edelweiss, disfrutábamos de una de sus comidas preferidas, los langostinos con ali-oli, regados con abundante cerveza e innumerables anécdotas.

Consumía —es la palabra que se me ocurre—libros y discos. Libros de sus especialidades médicas que lo mantenían permanentemente actualizado y subrayaba cuidadosamente con marcadores de colores, y de historia del arte, particularmente de antigüedades; discos de música clásica y ópera que satisfacían su melomanía. Era fanático de Bela Bartok.

Entre mayo y octubre de 1960 realizó un viaje a Europa con el propósito de llevar a su padre, que sufría de glaucoma, para consultar al profesor Laideker, en Bonn. Aprovechó la estadía para visitar servicios quirúrgicos en esa ciudad y también en París y Barcelona y particularmente para que don José volviera a ver su tierra natal, Figuerola de Orcau, cerca de Tremp, en Cataluña.

Hay una anécdota divertida que nos muestra uno de los escasos toques de humor de Delfín. Emprendido ya el regreso a Barcelona y al ir alejándose, el padre le dijo acongojado que lamentaba que esa fuese la última vez que veía su terruño. Delfín, sin decir palabra alguna, detuvo el auto, desanduvo el camino y al circunvalar el pueblito le respondió ¿ves que no era la última



vez? Y si de su aspecto humorístico se trata, viene a cuento cuando operó y enyesó un perro en el Central de Cirugía; a la pregunta de quién lo hizo, respondió que fue Leoncio Fernández. Entonces varios le pidieron al Dr Fernández que operara sus perros.

Luego del retiro del Dr Ricardo, lo sucedió en la conducción del servicio el Dr José Alberto Caeiro, quien a pesar de no provenir del grupo de sus discípulos, respetó y respaldó la organización de la Escuela. Esta suerte facilitó que Vilanova, cuya carrera municipal estaba en los comienzos, mantuviera el comando de los cursos. De más está decir que Néstor Turco y Atilio Lasala, que sucedieron a Caeiro, ambos del riñón del Finocchietismo, lo apoyaron calurosamente: pero vale la pena consignar que el Dr De Nicola, ajeno a la cofradía, adhirió a la concepción general del “Curso bi-anual de Cirugía Básica” como un verdadero prosélito.

Las acreditaciones oficiales de DV en las jerarquías de la carrera médica hospitalaria ocurrieron todas entre las décadas del ´60 y ´70 y siempre ejerció sus cargos en el Hospital Rawson, salvo el último que era de jefe de la División “A” de Cirugía General, designado el 20/02/73, que debió continuar ejerciendo en el Hospital Argerich, luego del lamentable cierre del Rawson.

Es bueno recordar también que durante su desempeño a cargo de la jefatura de la Sala 6, el 21/4/72 un decreto-ordenanza designó a la Escuela con el nombre de Ricardo Finochietto, como homenaje, al cumplirse 10 años de su fallecimiento.

No juzgo oportuno enumerar las sociedades médicas nacionales y extranjeras de la que fue Miembro Titular o Correspondiente, ni los innumerables congresos y cursos en los cuales participó, pero sí señalar que tanto la Sociedad Argentina de Angiología y su Colegio como la Sociedad Argentina de Patología Mamaria con su Escuela, lo contaron como Miembro Fundador, Director, Presidente y Honorario Nacional.

Su contribución a la literatura médica consta de más de treinta trabajos científicos, publicados en revistas nacionales y extranjeras y la colaboración en los libros “Técnica Quirúrgica” de Enrique y Ricardo Finochietto; “Maniobras Quirúrgicas” de Adrán Spadafora y “La Mama” de Julio V. Uriburu.

En la década del ´70, la vida de Delfín estuvo signada por dos sucesos de distinta trascendencia.

El auspicioso ocurrió cuando el 8 de octubre de 1974 contrajo matrimonio con Inés Secco, encantadora dama de cuyos dones como anfitriona y excelsa experta en artes culinarias puedo dar fe; y no solo yo, sino Su Santidad, Juan Pablo II (si viviera), para quien cocinó, convocada por la Nunciatura Apostólica, durante las estadías del Santo Padre en Buenos Aires.

Antes de relatarles el suceso desafortunado, permítanme evocar una vivencia que en el momento de redactar esto me vino a la memoria. Por lo común, pasado el mediodía, un grupo de nosotros acostumbraba reunirse alrededor de varias mesas juntas, en el café de la esquina frente a la puerta del hospital, para compartir escuchando, la charla y el almuerzo de Vilanova, que comía dos huevos fritos y Garriz, que saboreaba lentamente una manzana, luego de haberla pelado desprolijamente, porque dejaba mucha pulpa pegada a la cáscara. En los primeros meses de 1978, las charlas invariablemente se referían a los rumores que corrían sobre la decisión de Cacciatore de clausurar el hospital.

Nosotros abandonábamos las tertulias con mal disimulada congoja aunque, debido a que Delfín había inaugurado en abril, con concurrencia multitudinaria, la nueva aula de la Escuela, nos aferrábamos a una vana esperanza. Los rumores se confirmaron rápidamente.

El 13 de mayo, el sub-director del hospital, Dr Fernández Mendihondo, citó a los jefes a una reunión para escuchar de boca del Director "A" de Atención Médica de la Secretaría de Salud, Dr Cairoli, las razones aducidas para decretar la malhadada medida. Delfín Vilanova, al promediar la reunión, se retiró de la sala; Carlos Mobia sufrió una indisposición y fue retirado por otros médicos; Roberto Garriz y Roberto Sánchez pidieron la palabra para argumentar sus objeciones. El autoritarismo soberano sancionó a los cuatro; a Vilanova con 20 días de suspensión, la máxima.

Poco días después la clausura fue decretada, ejecutada y el plantel de profesionales diezmado por dispersión.

Al hospital Argerich le tocó en suerte recibir a Delfín Vilanova, que llegó con su designación de Jefe de División y se hizo cargo de la División "B" de Cirugía. Lo acompañamos un grupo no muy numeroso de médicos de la Sala 6, dos de la 20-21 y todos, pocos, los que estaban cursando el 1° y 2° años del "Curso de Cirugía Básica." La Escuela, de este modo, siguió funcionando en el nuevo hospital, con el mismo director y con su estructura ligeramente modificada. Debo consignar que la Escuela como institución y nosotros como cirujanos "diferentes" con hábito y hábitos peculiares, no fuimos acogidos con simpatía. Un director, me reservo el nombre porque está muerto, llegó a prohibir el uso del delantal carnicero. Naturalmente, no se acató la prohibición.

A pesar de todo, poco a poco, en el Argerich se fue aceptando la presencia de los extraños y por el año 1984, precisamente el 31 de julio, Vilanova fue designado Jefe de Departamento de "Cirugía General" (honorario).

“Tarde piaste, pajarito” (como solía decir frecuentemente Delfín), porque a principios de ese mes (¡oh, maravillas de la burocracia!), pocos días después de que cumpliera los 66 años, le habían notificado su jubilación.

Continuó con la práctica privada y sus compromisos educativos unos años más, hasta que un día tomó la decisión de cortar definitivamente sus lazos con la cirugía. Y fue como un divorcio, una decisión heroica que se toma racionalmente de una vez y para siempre. Quizá pensó dejar él la cirugía antes que la cirugía lo dejara a él. No lo sé, pero en todo caso, una vez más era una actitud muy propia de su personalidad.

Luego del retiro, su vida transcurrió plácidamente. Pasó largas temporadas en Bariloche, Punta del Este y La Florida, aunque lo más gratificante para él era permanecer en su casa de Ramón Castilla, rodeado de sus libros y su música (a gran volumen).

Sólo excepcionalmente consentía en participar de algún evento organizado por los discípulos de la Escuela y cuando lo hacía, disfrutaba de los re-encuentros.

Enfermó. Soportó la enfermedad y las indicaciones quirúrgicas con gran entereza. Aceptó las opiniones de sus médicos sin cuestionamientos y sin pretender intervenir en las decisiones terapéuticas, las que cumplía estrictamente. Fue un buen paciente.

Presintió el final. Lo afrontó estoicamente y, con plena conciencia tomó decisiones en la esfera espiritual que denotaban profunda introspección. Decisiones sorprendentes que pude comprender acordándome de las palabras de Antonio M. Battro: “No existe razón sin emoción”. Imagino la profunda emoción que lo embargaba cuando pidió ser bautizado y se volcó a la oración. Se extinguió así, apaciblemente, la vida de Delfín, confortado por su naciente religiosidad.

No tuvo un hijo, no sé si alguna vez plantó un árbol y sí sé que redactó capítulos de libros, pero vendrá su recompensa cuando se escriba la historia más reciente de la medicina argentina donde, a la figura de Delfín Luis Vilanova le corresponderá un lugar muy relevante en el desarrollo de la Flebología y la Mastología, como verdaderas especial

### **Palabras del Profesor Dr José M Almanza.**

Sr Presidente de la Asociación Médica Argentina Profesor Dr Elías Hurtado Hoyo, Sr Presidente Honorario de la Academia Argentina de Medicina Académico. Profesor Dr Julio V Uriburu. Sr Secretario General de la Asociación Médica Argentina Profesor Dr Miguel Falasco. Sr. Representante de la Comisión Permanente de Homenaje a los Dres. Enrique y Ricardo Finochietto

Profesor Dr Osvaldo González Aguilar, Sres. Maestros de la Escuela Finochietto. Sres. Académicos, Profesores, Colegas, Amigos, Señores y Señoras.

Quiero agradecer a los miembros de la Comisión Permanente de Homenaje a los Dres. Enrique y Ricardo Finochietto por haberme designado como orador para presentar en este acto, al galardonado para recibir el premio anual Enrique y Ricardo Finochietto, el Profesor Dr Héctor Santángelo. Doble honor para mí, por tratarse de uno de mis maestros y amigo.

El profesor Héctor Santángelo nació en Capital Federal el 27 de Abril de 1929. Hijo de Domingo Santángelo, Capitán de Fragata de la Armada y de Laura Cioconi docente . Transcurrió su infancia en el barrio de Belgrano, donde cursó la escuela primaria hasta 2do. grado en la escuela estatal Juan Bautista Alberdi. Luego por cambio de destino de su padre, pasa a Puerto Belgrano donde cursó el 3° , 4° y 5° grado en el colegio de la Base Naval.

De regreso a la Capital Federal a su barrio de Belgrano, terminó el primario y el secundario en el Colegio de los Hermanos Maristas donde egresó del secundario en 1946, con medalla de oro.

En 1947 ingresó en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires con examen de ingreso, de donde egresó en 1955.

Inicia sus actividades médicas como practicante del Hospital de Vicente López.

En 1950 ingresa como practicante en el Sanatorio Corporación Médica del Sur, donde conoce a quien sería su maestro y amigo el Prof. Dr Roberto Gárriz.

Conoce a Ricardo Finochietto en 1948 en el Instituto Médico Naval de Buenos Aires donde este se desempeñaba como asesor del servicio de cirugía y en ese momento estaban haciendo un trabajo sobre cáncer de recto, nuestro Héctor se desempeñaba como practicante de Anatomía Patológica y como tal tenía que llevar las piezas extirpadas por cáncer de recto desde el quirófano a Anatomía Patológica. Conoce entonces al maestro Ricardo Finochietto, quien marcaría en él la impronta de los discípulos de la Escuela.

Terminados sus estudios de grado ingresa en la Escuela Quirúrgica Municipal para graduados con asiento en la Sala VI del Hospital Rawson a cargo del Profesor Ricardo Finochietto donde realiza su curso, ingresando en la Sala 6 como médico de planta, al año siguiente.

En 1959 es distinguido por el Dr Atilio Lasala prominente cirujano de vías biliares de la Escuela, para pasar con él al Hospital Bosch donde se había hecho cargo del servicio de Cirugía, llevándolo al joven Santángelo como médico asistente.

Con el fallecimiento del Dr Lasala regresa en 1962 a la Escuela Quirúrgica de la Sala 62 del Hospital Rawson. Se desempeña en el sector de Cirugía Vasculuar y Mastología a cargo del Dr Delfin Vilanova

quien fue otro de los maestros de la Escuela Finochietto que habrían de influenciar destacadamente en su formación quirúrgica.

En 1963 con el nombramiento del Dr Gárriz como Jefe de Cirugía del Pabellón Olivera del Hospital Rawson, pasa con este a desempeñarse como su Jefe de Clínica y desarrolla una fecunda labor asistencial, académica y docente.

En 1965 tuvimos la suerte de ingresar con ellos, de ahí en más nuestros maestros, al Pabellón Olivera. Recibimos de ellos las enseñanzas y guías que habrían de permitirnos desempeñarnos en nuestra actividad quirúrgica, docente y académica en la cirugía.

Allí recibimos sus enseñanzas y su disciplina en la táctica y técnica quirúrgica que en ocasiones nos parecía excesivamente rígida, pero que con el tiempo supimos valorar y apreciar y nos permitió a esos tres jóvenes, el hoy Profesor Dr Jorge L Rodríguez Martín, el Distinguido Cirujano Dr Arsenio Fernández Valoni que se desempeña con gran éxito en Francia y el que les habla, comenzar a andar la hermosa carrera de la Cirugía junto a nuestros dos maestros.

Es en ese ambiente del pabellón Olivera del Hospital Rawson y en la largas jornadas quirúrgicas de la Corporación Médica del Sur, donde nuestros maestros nos permitieron completar nuestra formación junto a los discípulos que estaban ya con ellos, los Dres Juan A. Casaza y Carlos A. Laplace.

Luego habrían de sumarse los Dres Eduardo Luchetti, Eduardo Ramos Iglesias, Claudio Barredo, Romeo Facini, Jorge Ianco, Jorge González y la Dra. Mirta Fajre y tantos otros que involuntariamente tal vez omita y por lo cual pido disculpas. Todos ellos recibieron de nuestro homenajeado las enseñanzas de su depurado estilo quirúrgico.

No sólo nos enseñaron a operar sino que despertaron en todos nosotros la vocación docente que nos habría de acompañar en toda nuestra carrera profesional.

En 1970 pasa como Jefe de Unidad al Pabellón IX, Dr Enrique Finochietto del Hospital Rawson, junto con el Dr Jorge Rodríguez Martín, era jefe de esa División de Cirugía otro Maestro de la Escuela Finochietto el Dr Manuel Vázquez, donde se desempeña hasta el cierre del Hospital en 1978. En este lugar se le suman como discípulos los Dres Juan Rainone, el Dr Francisco Festa, el Dr Domingo A. Guadalupe, el Dr Miguel Peyrano y el Dr Arturo Varano este último ya fallecido.

En 1978 debido al cierre inconsulto e irracional del Hospital Rawson pasa, junto al Profesor Gárriz, al Hospital Ramos Mejía como Jefe de Unidad de la División A de Cirugía General donde desarrolla una brillante carrera y forma a un número importante de discípulos entre los cuales me permito

nombrar al malogrado cirujano Dr Ricardo Viola fallecido en un accidente de auto en la ruta. No sólo fue un distinguido discípulo sino fue su ayudante durante muchos años.

En 1986 se hace cargo de la División A Cirugía General del Hospital José María Ramos Mejía hasta su retiro en 1992, donde también forma entre otros discípulos a los Dres Marcelo Terres, Dr Germán Lozano, Dr Héctor Garate, Roberto Amicucci, Dr Carlos Leguizamón, Dr Mario Chabanne, Dr Carlos Berisso, Dr Jorge Cocciolo, Dra Mirta Wiriersba, Dra Inés Karalis, Dr Julio Rico y el Dr Daniel Crescenti.

En 1993 es nombrado Profesor Titular de Cirugía y Director de la Residencia de Cirugía General del Hospital Naval Dr Pedro Mallo de Buenos Aires actuando como asesor de este Servicio donde se habían desempeñado anteriormente nada más ni nada menos que Ricardo Finochietto, Atilio Lasala, Vicente Pataro y Roberto Gárriz, sus maestros en la cirugía.

Se desempeñó en este querido hospital para la Escuela Finochietto hasta 1999, en que se le sumaron sus discípulos más jóvenes y colaboró en la formación de los Dres Ezequiel Perna, Rodolfo Russi, Marcelo Nahin, Juan Carlos Patrón Uriburu, Pablo Valle Gabriel Angelini, Adrián Almanza, Enrique Luder, Ascencio Altuna y Alejandro Gorodner entre otros.

En el año 2000 es designado Consultor de Cirugía en el Servicio de Cirugía General del Hospital de San Isidro, a cargo de otro discípulo de la Escuela Finochietto el Dr Romeo Fazzini con quien tiene el agrado de trabajar juntos en la actualidad y con quien comparte la tarea de seguir enseñando y formando discípulos.

El Dr Héctor Santángelo adhiere firmemente al concepto de Ricardo Finochietto que creía en la sistematización y en la uniformidad de los conceptos y métodos empleados, especialmente para el aprendizaje de los jóvenes. Pero uniformidad no es inmovilidad, por el contrario despertaba en todos nosotros la búsqueda de nuevas técnicas y prácticas para poner al día nuestros conocimientos.

Nos incitaba a una búsqueda bibliográfica permanente y luego se discutía en reuniones grupales su mejor adaptación y aprovechamiento.

Héctor Santángelo no se quedó en el tiempo, se actualizó y se adaptó a las nuevas tecnologías que se desarrollaron vertiginosamente en las últimas décadas del siglo pasado. Nos decía que si el Dr Ricardo Finochietto viviera, las mismas serían adaptadas con entusiasmo por él y su Escuela.

Maestro es el que ha formado discípulos y Héctor Santángelo los tiene en gran cantidad. Es por ello que el nombre de Maestro lo tiene bien merecido.

De una técnica pulida y meticulosa, con un trato muy delicado para los tejidos, no es sin embargo un cirujano lento, por el contrario su cirugía es limpia y rápida.

Nos decía y enseñó que la rapidez en la cirugía no consiste en mover rápidamente las manos , "sino tener la cabeza clara en lo que se va hacer y cómo, ya que la mente guía las manos " .

Héctor Santángelo opera así como nos enseñó sin apuro, elegante sin perder tiempo, sin pasos para adelante y luego para atrás, siempre hacia delante y en forma ordenada. Como cree en la frase de Ricardo Finochietto que "todavía sigue siendo la mano que empuña el bisturí, el asunto de mayor importancia en la cirugía" es que inculcó en sus discípulos el respeto juicioso por el acto quirúrgico.

No puedo dejar de nombrar junto a Héctor Santángelo a sus colaboradores de muchos años en la práctica de la cirugía, su clínico y medio internista el Dr César Gnocci y su anesthesiólogo y amigo ya fallecido el Dr Ricardo Arlía.

Héctor Santángelo ha tenido una larga y fecunda actividad societaria, descollando dentro de la Asociación Argentina de Cirugía del cual llegó a ser Presidente del 63 Congreso Argentino de Cirugía que se realizó con brillante suceso en Rosario en 1992, luego presidente de la Comisión Directiva en 1994. Miembro Honorario de la Sociedad de Coloproctología, y de la Sociedad de Gastroenterología. Miembro de la Asociación Médica Argentina. Presidente del Congreso de Cirugía Digestiva en 1993. Miembro Asociado de la Academia Argentina de Cirugía en 1979, participó de su Comisión Directiva como Director de Biblioteca y Archivo en 1982 y Secretario Anual en 1984. En 1984 es nombrado miembro Académico Titular. Miembro extranjero de las Sociedades de Cirugía de Francia, Paraguay y Bolivia.

Autor de más de 130 trabajos, participó en la Redacción de capítulos en 9 libros nacionales y extranjeros. Ha recibido 4 premios. En 1971 al mejor trabajo de la Sociedad de Gastroenterología, en 1977 el premio Pedro Bolo de la Asociación Médica, en 1979 el premio Ignacio Pirovano de la Academia Nacional de Medicina y en 1987 el Premio Hospital Ramos Mejía

No ha sido menos extensa su actividad como docente universitario. En 1976 es nombrado Profesor Auxiliar de Cirugía de la Universidad de Buenos Aires. En 1977 Docente Autorizado, en 1990 gana el concurso de Profesor Adjunto de Cirugía, desde 1995 se desempeña como Profesor Consulto de Cirugía de la Universidad de Buenos Aires.

En 1988 designado profesor Titular de Cirugía de la Cátedra de Cirugía de Postgrado Dres. Enrique y Ricardo Finochietto de la Universidad del Salvador.

Ha sido Director de las Residencias acreditadas de Cirugía del Hospital Ramos Mejía y del Hospital Naval Dr Pedro Mallo de Buenos Aires.

Casado en segundas nupcias hace 37 años con el amor de su vida Marla Rocco, Cuca para sus amigos, quien lo acompaña en forma permanente desde entonces. Tiene dos hijas de su primer matrimonio Marcela y Gabriela, quienes les han dado cinco nietos, Josefina Licenciada en Terapia Ocupacional, Gastón estudiante de psicología, Agustina estudiante de Abogacía, Sofía y Micaela estudiantes de primaria.

Apasionado por la lectura especialmente de escritos sobre política y filosofía tiene otro hobby que es el golf, habiendo tenido como profesor del mismo a los maestros Eduardo Biasi y Leopoldo Ruiz.

He tenido la dicha de jugar con él en varios torneos y competencias, donde no nos acompañó la suerte para poder ganar, pero que disfrutamos de su golf y camaradería.

Hace 12 años con motivo del homenaje por el 105 natalicio del Dr Ricardo Finochietto con que me honraran para hablar en el peristilo de la Recoleta dije entre otras cosas "Sornos finochietistas y nos sentimos sumamente orgullosos de serlo, somos de una raza, como esas naciones que por su historial han logrado tener una identidad tal que los hace inconfundibles. Así somos los finochietistas inconfundibles, tenemos más de medio siglo de prosapia. No somos ni mejores, ni peores, somos diferentes.

Héctor Santángelo es el arquetipo de los grandes cirujanos de la Escuela Finochietto.

Quisiera que estas breves palabras hayan servido para presentar a este distinguido cirujano de la Escuela Finochietto, conocido por todos Uds., quien tan merecido tiene el galardón de recibir hoy el premio Enrique y Ricardo Finochietto con que ha sido distinguido. Cirujano de una técnica depurada y elegante, preciso en el diagnóstico, afable en el trato con los pacientes y familiares. Desinteresado en sus enseñanzas con sus discípulos, poseedor de una brillantez intelectual lo que le ha permitido descollar entre sus pares.

Muchas gracias Héctor Santángelo por tus enseñanzas y por tu amistad. Nada más.

### **Palabras del Prof Héctor D Santángelo**

Sr Presidente de la Asociación Médica Argentina, Prof. Elías Hurtado Hoyo. Distinguidas Autoridades que honran con su presencia nuestra Reunión Anual. Colegas y buenos Amigos. Otros, por siempre ausentes también me acompañan.

Señoras y Señores. Querida familia.



Una íntima satisfacción invade hoy mi espíritu al recibir este Premio que lleva el nombre de mis Maestros, fundadores de la Escuela Quirúrgica a la que tengo el honor de pertenecer.

Esta complacencia en nada empequeñece la emoción que siento y que me resulta difícil poder ocultar

Hoy recuerdo a los que modelaron mi personalidad y fueron hacedores de mi saber.

Gratitud a mi familia:

Padres ejemplares,

Amor de esposa protectora,

Hijos y nietos de los que estoy más satisfecho con sus realizaciones que con las mías.

Gratitud a los meritorios educadores que me guiaron en los niveles iniciales.

Un recuerdo a los Hermanos Maristas del Colegio Manuel Belgrano. Ellos supieron armonizar en mí, fe, cultura y deporte.

Una evocación especial a Ricardo Finochietto y a la E.Q.M.G.

La gratitud de siempre a mí Maestro y amigo Roberto A Gárriz.

No olvido a los Doctores Atilio Lasala, Eduardo Ayas , Delfín Vilanova y Manuel Vázquez que en distintas etapas me prodigaron sus enseñanzas.

Gracias a los que me acompañaron en los Hospitales Rawson. Bosch, Ramos Mejia y Dr Pedro Mallo (Naval Buenos Aires)

En el epílogo surge imprevistamente el Hospital Central de San Isidro. Reconocimiento a las autoridades. Gracias a todos y muy especialmente al Jefe de Cirugía mi querido amigo el Dr Romeo Fazzini, a sus médicos y a sus Residentes por la bondadosa hospitalidad.

Es un motivo de orgullo que mi nombre figure junto al selecto grupo de cirujanos, anteriormente galardonados con esta distinción.

También es un orgullo manifestar que durante mi vida nunca he planificado ni perseguido el éxito por el éxito mismo. Si así hubiese procedido, la conquista lograda hoy, sólo sería para mí una dádiva y no como lo siento, una verdadera recompensa a todo una vida dedicada a la cirugía con pasión, esfuerzo y sacrificio.

En esta visión retrospectiva que uno realiza impensadamente, se puede percibir que con el tiempo los hechos se valoran de distinta manera, como así también, nuestro comportamiento es dispar.

A los veinte años, vivimos el vértigo añadiendo ideas y pasiones sin ningún tipo de selección; algunas décadas después comenzamos a sospechar que lo importante no es el acopio indiscriminado de cosas, materiales o espirituales, sino que lo valorable de lo incorporado es la proporción que queda a favor, entre el debe y el haber. Por último llegado como ahora a la edad en que según Toynbee, vemos la espalda de la vida que se va, nos hacemos más severos, más rigurosos con nosotros mismos, no sólo para cuantificar un halago como este, sino también más exigentes en lo que respecta a lo científico, a lo ético y a la vida en general.

Este compromiso de responsabilidad que en gran parte obedece al legado de mis mayores, me lleva a la obligada pregunta que me he formulado una y otra vez, ¿por qué a mí?, ¿Por qué a mí este Premio?, ¿Será justo? ¿Es equitativo?.

En situaciones similares, me ha intrigado cuál es el fundamento, la razón determinante en la definición de una elección.

Frente al dilema del ¿por qué a mí? los que profundizan el pensar consideran que el amor en todos sus perfiles, tiene una influencia muy importante en la toma de la decisión final.

Es difícil definir el concepto "AMOR".

El amor es un tema muy abarcativo y sin límites definidos que puede dar lugar a distintas reflexiones.

Desde antiguo se lo ha señalado como el primer mandato que recibió el Hombre.

Amor es solidaridad, es caridad, es justicia.

Veamos algunos enfoques:

Para el filósofo estadounidense Robert Nozick es un fenómeno general que abarca desde el Amor a Dios, a la Patria, a los padres, a la cirugía, donde todo es sentimiento, hasta el amor que él llama "romántico", donde predomina el deseo y la tendencia a la posesión.

La diferencia existe, en uno el deseo muere cuando se logra en el otro el sentimiento, es un eterno insatisfecho.

Por su parte Ortega y Gasset señala que se habla mucho de "amores" y de "deseos" y muy poco del AMOR. Además piensa que es empequeñecer al amor reduciéndolo solamente a los "enamoramientos" y pasiones que pueden sentir entre sí un hombre y una mujer.

Por el contrario Mauricio Abadi ha interpretado que "el sexo y el amor son dos hojas del mismo árbol; a veces están juntas, a veces una de ellas cae y la otra permanece".

De cualquier forma en que se interprete al amor es innegable su vinculación con la medicina y sus referencias aparecen en los lugares más insospechados.

Hace más de veinte años en la bellísima ciudad de Salzburgo, me atrajo un pequeño cementerio ubicado junto a la Abadía St. Peter uno de los claustros Benedictinos más antiguos del mundo. Allí encontré el sepulcro del médico y alquimista suizo y probable iniciador del método científico en medicina, Teophrastus Phillippus Aureolus Bombastus Von Hohenheim, más conocido como Paracelso fallecido en Salzburgo en 1541.

Me sorprendió el epitafio: “Toda la medicina es amor”.

Sin ir tan lejos, sin irnos a Austria, en esta Casa y en este blanco recinto ha sido un tema recurrente. El Prof Carlos Reussi se refirió a él en innumerables oportunidades .

El Prof. Elías Hurtado Hoyo, siguiendo la tradición y continuador de las costumbres, lo ha hecho siempre desde su discurso inaugural al asumir la Presidencia en 1998 o entre otros, cuando se refirió en la conferencia ¿Qué es ser médico?.

Dicen que el amor tiene una hermana que es la amistad. Que cuando es genuina es una profunda relación humana de carácter individual, desinteresada y no utilitaria.

Con los conceptos citados, a mi pregunta precedente del ¿por qué a mí? la puedo responder ahora más aceptablemente admitiendo que si este Premio me fue adjudicado por méritos propios hay que reconocer que también ha sido un gesto de amistosa generosidad por parte de la Asociación Médica Argentina y de la Comisión Permanente de Homenaje a la Escuela Finochietto.

En nombre de esa amistad gracias a quienes representan a ambas Instituciones, mi querido amigo Elías Hurtado Hoyo y mis compañeros que integran la Comisión actual de la Escuela. Muchas gracias a todos.

El amor tiene también un rasgo prominente que es el de compartir. El cirujano comparte ese amor medico al rodearse de un equipo profundamente compenetrado que persigue un bien común y que constituye desde hace años el núcleo de la organización quirúrgica.

En él debe existir una fuerte unión basada en la respetuosa convivencia y profunda amistad donde cada uno de sus miembros ocupa el lugar que le corresponde sin mediar reglamentos escritos ni cláusulas contractuales.

No olvido a todos aquellos clínicos y cirujanos que integraron los equipos que hicieron posible mi labor. Tengo la fortuna de que varios de ellos me acompañen en este momento.

Pero mi vida se ha prolongado lo suficiente que he tenido que lamentar la pérdida de algunos de mis queridos amigos y colaboradores.

Si Ud. me permite Sr. Presidente, en nombre de esa amistad que he mencionado tantas veces y en la que creo tanto, desearía dedicarles este Premio como homenaje a dos de ellos fallecidos.

Al Dr Ricardo Arlía, maestro de la anestesiología argentina, me acompañó desde mi primera operación en público en el año 1955. Hombre de bien, profundo creyente, respetuoso del enfermo y médicamente intachable. Lo recuerdo parco en su hablar y actuar, todo lo realizaba sin apuro, pegado a la cabecera del enfermo con su permanente y largo estetoscopio intraesofágico. Cuando rompía su mutismo, señal que las cosas no andaban del todo bien, sin inquietarse ni levantar la voz, preguntaba simplemente ¿cuánto falta para terminar la operación?

Muchos de los aquí presentes podemos dar fe de su arte profesional.

El otro, el Dr Ricardo Javier Viola falleció tempranamente a los 39 años como consecuencia de un accidente automovilístico. Trabajó conmigo durante sus 16 años de ejercicio profesional. Compartimos con amistosa alegría, estudio, cirugía y viajes.

La antropóloga norteamericana Margaret Meade dijo con mucha razón que “las nuevas tecnologías convierten a los mayores en discípulos de los jóvenes”. Y así fue, Ricardo Viola me enseñó la cirugía videoscópica.

Para todos, Ricardo era una promesa de la cirugía.

Estoy seguro que ambos me acompañan aunque desearía tenerlos aquí, como a tantos otros. Los admiro y los recuerdo no por lo que hicieron sino por lo que fueron, hombres leales y de bien.

Otro gesto de gran amistad es el del Prof José María Almanza, mi amigo y discípulo compartido como a él le agrada identificarse.

Agradezco sus palabras, considero que son fruto del cariño y de los muchos años transcurridos en el inolvidable Pabellón Olivera, del Hospital Rawson, probablemente la época más feliz de mi vida quirúrgica.

Allí “comprendimos mejor nuestra naturaleza humana al cultivar la amistad” como dice muy bien Erich Fromm.

Yo agregaría que además de cosechar los mejores amigos, disfrutamos de las enseñanzas de nuestro querido maestro Don Roberto A Gárriz.

El afecto lo ha llevado a José María a perder objetividad y ha hecho todo lo necesario para justificarme, omitiendo prudentemente mis limitaciones. Esta prudencia que ha mostrado es la faceta más notable de su identidad que lo distingue como persona y excelente cirujano.

Debo agradecerle al Profesor Jorge Rodríguez Martín, otro gran amigo y discípulo su discreción en el aporte fotográfico.

Tampoco olvido Jorge tu afecto e incondicional solidaridad durante mi difícil jefatura que comencé en el año 1970.

Las imágenes proyectadas me han sumido en el recuerdo, en ese viaje nostálgico a épocas idas. Me detuvo en el tiempo, llevándome a añorar lo vivido, lo pretérito y a comprender lo demoledor que resulta, sobre nuestra imagen corporal el transcurrir de los años.

Concluidas estas palabras de inicio es una norma desarrollar algún tema vinculado a nuestro quehacer.

El largo periplo de más de 50 años de actividad quirúrgica me ha permitido transitar por distintas épocas de la cirugía y de la vida. Este privilegio brinda la enorme posibilidad de reflexionar, establecer comparaciones, adjudicar valores a los hechos acaecidos y de esa manera poder compartir con ustedes algunas impresiones muy personales con respecto a los cirujanos y a nuestra cirugía, a la que es harto difícil fijarle sus contenidos, pues todo lo científico en la actualidad evoluciona, cambia o se transforma rápidamente.

Tampoco es fácil establecer con exactitud qué participación tiene en la cirugía el Humanismo, cuánto de la cirugía es ciencia y cuánto hay de arte en ella.

Para el historiador y médico español Pedro Lain Entralgo “ser cirujano no es sólo mover las manos en una región anatómica, implica hacerlo con profundo saber científico, con técnica operatoria y con preponderante consideración por el bien del enfermo”.

Viéndola así, a nuestra actividad, distingo en ella cuatro facetas:

1) En la primera podemos decir que la cirugía es “CIENCIA” por constituir un conjunto organizado de conocimientos biológicos, físicos y químicos que se rigen por las leyes naturales.

A su vez, busca la verdad por medio de la experimentación tratando de apartar lo verdadero de lo falso.

Por último, se aferra al método científico siguiendo la tradicional rutina clínico quirúrgica desde la observación hasta la certificación diagnóstica.

2) En el segundo ítem se destaca que por su actividad manual, la cirugía es “TECNICA”. Se basa en destrezas y habilidades regidas por normas para su desarrollo, se idean y adaptan maniobras e instrumentos para su mejor utilización.

3) En tercer término considero que la cirugía es “HUMANÍSTICA” porque además de lo científico el cirujano lleva intrínsecamente un bagaje que convenimos en llamar humanismo y que son su formación, sus actitudes, el trabajo docente, y porque no también sus inquietudes.

Este humanismo lo recibe durante toda su vida a través de disciplinas que estudia o desarrolla como la psicología, sociología, ética, historia, antropología. Todas tienen influencia en el momento en que se enfrenta con el enfermo y aún sin él, ejerce el humanismo cuando encara la enseñanza de pregrado o la formación de cirujanos.

En el sentido en que Burckhardt da al humanismo el médico ostenta permanentemente esa actitud humanística que nace de su propio ser, nace del hombre y es para otro hombre que es el enfermo. Sufre permanentemente con el dolor ajeno que es sinónimo del dolor humano.

Marañón recuerda “que el cirujano no sólo debe saber de la enfermedad de su paciente, sino también comprenderlo”.

4) Por último la cirugía puede ser una expresión de “ARTE” cuando todo lo elaborado y actuado por el cirujano es admirado primero por su valor científico y segundo cuando conmueve y genera en el observador un sentimiento de real estimación artística.

Esta estética quirúrgica que desarrollan algunos cirujanos se pone de manifiesto cuando se logra integrar y fusionar, en los gestos operatorios, una elegante habilidad con sensibilidad y con ritmo, entendiendo como tal al orden acompasado y sostenido en la sucesión de las maniobras.

Eso le da vida a la operación, le confiere ese dinamismo tan difícil de alcanzar y que solo puede lograrse cuando el cirujano consigue que su mente vaya un paso antes, una fracción de tiempo anticipada al movimiento de sus manos.

Esa actitud no es apuro no es querer ganar tiempo, es coordinación, es ausencia de maniobras parásitas que lo diferencia claramente del operador que obra con desorden, apuro y atropello.

Paul Klee decía: “El arte no reproduce lo visible, sino que lo vuelve visible”.

PENSEMOS DONDE ESTA LA ESENCIA DE LA CIRUGIA. ¿CUÁL ES SU NUCLEO?, ¿CUÁL ES SU MEOLLO?.

Se puede aseverar que lo esencial de la cirugía es una correcta conjugación de la táctica con la técnica operatoria.

La táctica es el qué hacer, es estrategia, es planificación, es pura labor intelectual. Es el proyecto de lo que vamos hacer. Es un diseño mental.

Ahora bien, ante la propuesta o el proyecto de cualquier tarea se genera en el hombre un estado emocional especial, con angustias, con dudas, imaginación de dificultades, e imponderables en la ejecución como así también incertidumbre por su resultado final.

Es interesante reflexionar sobre esta actitud de profunda introspección que no es privativa del cirujano y que muchos la comparan con lo que les sucede a los maestros de las Bellas Artes en la planificación y ejecución de sus obras.

Resulta enigmático querer desentrañar si es comparable ese grado de conmoción interior que puede originarse en el cirujano ante el cuerpo humano al que tiene que incidir, que vive, sangra y experimenta el sufrimiento de dolor, con el sentir del artista ante la tela virgen, el bloque de mármol en bruto o frente a la hoja de papel en blanco.

A la materialización del hecho cognitivo comentado, la táctica, que es el qué hacer, le sigue como consecuencia una acción motora, la técnica, un conjunto de gestos quirúrgicos que configuran el cómo hacerlo.

En consecuencia, el cirujano primero piensa y luego ejecuta.

**La perfección intelectual produce como respuesta la perfección externa. Aquella, se llama ciencia, esta se llama arte.**

Reducir la cirugía a un hecho solamente manual sería menospreciarla.

El artista, historiador y crítico de arte del Renacimiento Giorgio Vasari nos trasmite un pensamiento de Miguel Angel que es válido para aplicarlo a la cirugía. "Al artista se lo debe valorar por el cerebro y no por las manos".

Cabría preguntarse también:

¿QUÉ ES LO MÁS REPRESENTATIVO QUE SE ADVIERTE DE UN CIRUJANO EN EL QUIROFANO?.

Cuando se observa a un cirujano operando se ve de él solo lo externo, lo que subyuga y valora más el vulgo, el movimiento de las manos, el malabarismo manual.

Vemos de ésta manera solo la punta del iceberg de su saber.

La gran mole que representa sus conocimientos, su intelecto queda escondido por debajo de la superficie y es casualmente el sustento de su tarea manual.

Esconde tal vez, lo más fascinante y difícil de la cirugía que es el aplicar a cada enfermo la operación que corresponde en el momento oportuno, poniendo así de manifiesto además de conocimientos, intuición, ingenio y creatividad.

Porque en cirugía lo importante es la maniobra correcta y justa en el lugar y momento adecuado.

De tal manera, cortar y suturar “vistoso” o usar una técnica “llamativa”, no siempre es sinónimo o garantía de procedimiento apropiado y útil para el paciente

A los dos componentes de que hace gala el cirujano, la táctica y la técnica, habría que agregar un tercer ingrediente que contribuye a completar su imagen y es el estilo o mejor dicho, SU ESTILO quirúrgico.

Al igual que pasa con el amor el término estilo también es muy abarcativo y de márgenes difusos que da origen a confusas interpretaciones. Personalmente soy de los que cree que el estilo del cirujano no es la consecuencia de haber adquirido y de reproducir una serie de normas técnicas, sino que es, la manifestación de lo más intransferible de su personalidad al ejecutarlas.

El estilo no es la técnica, es el espejo que refleja la imagen del cirujano al exponer su personalidad, es al decir de Ortega “ la fisonomía de nuestros actos”.

El estilo no se puede transmitir, cada cirujano imprime a la cirugía un carácter personal, como dice mi apreciado Manuel Casal, el estilo es ése carácter, esa forma de actuar, privativa y genuina de cada uno de nosotros.

Ya en el principio de nuestra era, Lucio Séneca (4 a.C.-15) en sus Epístolas Morales decía que “el estilo es el rostro del alma”, reflejando que es algo profundo, es la exteriorización de un estado interior, es nuestro lenguaje íntimo, como si procediera desde la individualidad del Yo.

Lo que dice un estilo, no lo puede decir otro.

George Leclerc va más allá. Cuando afirma que “ el estilo es el hombre”.

Con estos pensamientos comprendemos muy bien que al estilo no lo podemos crear, surge. Tampoco lo podemos imitar como se hace con la técnica, ni heredar como sucede con la destreza o con la habilidad manual.

Los cirujanos de una misma procedencia podrán emplear los mismos procedimientos, las mismas técnicas, pero cada uno de ellos tendrá, a mi entender, su propio estilo.

Analícemos otro tema:

¿LA CIRUGÍA ACTUAL CON SU ENTORNO ES SIMILAR A LA QUE VIVIMOS NOSOTROS EN NUESTROS COMIENZOS?

Ante esta pregunta creo que debe ser unánime el sentir de que actualmente nada es igual a lo nuestro de hace cincuenta años.

De tal manera es razonable pensar que los que aprenden hoy son distintos a lo que éramos nosotros.



En aquella época las enseñanzas eran aceptadas sin discusión no por sumisos sino que lo hacíamos de buen grado y con una convicción natural.

Las normas quirúrgicas impartidas en la Escuela eran recibidas y ejecutadas con mística.

Él nuestro era un Servicio místico.

Porque a esas enseñanzas, les dábamos el valor y el respeto de un dogma, de un precepto bíblico rodeados con los misterios y los simbolismos de los mitos y la cautivación de las alegorías y de las parábolas.

Ahora es distinto, las modificaciones producidas han sido tan notables que plantean nuevas incógnitas no sólo en lo médico sino en lo cultural, social, económico, ético y legal.

Como consecuencia debemos aceptar que se ha producido un desequilibrio entre la cirugía de ayer y la de hoy, en base a los adelantos médicos y tecnológicos. No admitir esto es ir en contra de una realidad.

Lo sensato es saber tamizar, seleccionar e incorporar los cambios útiles.

Eso es evolucionar, de ninguna manera consentir lo nuevo es claudicar o renegar a nuestros principios.

Hurtado Hoyo dice con mucha razón que “debemos estar predispuestos siempre para los cambios con objetivos que son los que llevan al progreso... sin cambios no hay historia... conocimiento y progreso son inseparables”.

Lo importante es formar a los nuevos cirujanos creándoles la capacidad suficiente para que puedan desarrollarse en las nuevas circunstancias con sus propios y nuevos objetivos viendo la situación general bajo la nueva perspectiva y no solamente desde lo estrictamente médico sino también en lo referente a los sistemas de salud.

La realidad es que en general la cirugía hoy se enseña y se aprende de otra manera.

Nuestro gran dilema es que se debe enseñar y de qué forma hacerlo

Esa misma inquietud es compartida por los especialistas en pedagogía médica en el mundo, a tal punto que en 1999, para unificar criterios se creó un Instituto para la Educación Médica Internacional.

Dicha Institución ha tratado de definir los “requisitos globales mínimos esenciales” para incluirlos en los Programas de Educación Médica.

Por otra parte los especialistas disponen de todas las formas de educación médica por intermedio de las innumerables metodologías y de la utilización de las herramientas apropiadas.

Así se puede observar:

Aprendizaje autónomo o autodirigido

Aprendizaje basado en problemas

Aprendizaje continuado

Aprendizaje reflexivo

Aprendizaje basado en evidencias

Aprendizaje basado en portafolios

Aprendizaje basado en resultados

Al trasladar lo educacional a Ricardo Finochietto, les puedo decir que a través de los años me he convencido que Ricardo conoció y compartió conceptos filosóficos que incorporó a su sentir y a sus propósitos doctrinarios y organizativos.

Una prueba de ello la encontré en comentarios de Julián Marías sobre un escrito de 1909, de su maestro Ortega y Gasset, sobre las generaciones de españoles de 1856 y 1898. Donde dice, entre otras cosas que “la realidad histórica de una generación consiste en ser el punto de intersección de una generación anterior que la ha preparado y de otra subsecuente que emana y deriva de ella”.

Nuestra Escuela es ésa realidad histórica, ese movimiento continuo, esa era la idea de Ricardo. Cada generación debe ser discípula de una más vieja y maestra de otra más joven.

Así funcionamos nosotros, con esa modalidad jerárquica y con esa continuidad de hacer discípulos en forma ininterrumpida, atributo éste, de lo que deben ser las verdaderas Escuelas.

Ricardo fue además, un intuitivo en la enseñanza, y ¿porqué digo esto?. Ahora modernamente como ya lo he comentado, una herramienta de que se dispone en la enseñanza actual es el aprendizaje basado en portafolios. Dicho sistema se asemeja en algunos aspectos, a nuestros conocidos biblioratos o carpetas que todos nosotros hicimos en su momento y que en la biblioteca de la calle Paraguay había más de un centenar. Que visión.

¿Cómo no tener devoción por Ricardo?

Además usó para la enseñanza otro instrumento muy valioso y que fue “LA PALANCA”, no como acepción de acomodo sino como elemento que bien emplazado es generador de potencia. Y eso fue Él y sigue siendo un generador de potencia que además, la sabía transmitir y también la sabía imponer.

De esa disciplina que teníamos, verticalista, no deliberativa y sin consensos, como debe ser en un servicio de cirugía afloran repentinamente imborrables recuerdos de los primeros años en la querida Sala 6.

Memorias de aquella cirugía vivida intensamente, con gran vibración espiritual que gracias a Dios nunca dejé de sentir, de esa emoción estética, de ese sentimiento visceral que nos transmitieron aquellos formidables cirujanos, al realizar operaciones desconocidas en ese momento para nosotros, que luego se hicieron habituales para posteriormente tantas veces volverlas a repetir y de las que hoy, me estoy despidiendo.

Para terminar no puedo eludir un recuerdo breve de la personalidad de Ricardo Finochietto y de sus características actitudes ricas en matices. Muchas de ellas, inesperadas y espectaculares. Con las que nos sacudía en todo sentido.

Como lo he dicho alguna vez, hace casi veinte años, era un hombre con una mentalidad y psicología superiores, que empleó los recursos histriónicos con fines claramente educacionales. Junto con su hermano Enrique hicieron la monumental obra, la ESCUELA que dejó como fruto cientos de discípulos de indiscutible valía que ocuparon y ocupan cargos de relevancia en distintos ambientes.

Señoras y señores:

Sin soberbia, pero con mucho orgullo les puedo afirmar que la calidad, méritos y condiciones que distinguen a los grandes discípulos de la Escuela, reflejan claramente la grandeza del Maestro y es con justicia nuestro mejor homenaje.